

CONMEMORACIÓN DE ÉMILE ZOLA

Per RICARDO BAEZA

|| Article publicat al diari El Sol, secció "Marginalia",
el 25 de novembre de 1927

El 29 de septiembre de 1902, a los sesenta y dos años de edad y en plena actividad literaria, moría Émile Zola, víctima del siniestro accidente doméstico que todos saben. Francia, y con ella el mundo letrado, celebran estos días el primer cuarto de siglo de la trágica fecha; las bodas de plata, podría decirse, del gran escritor con la muerte. Conviene, pues, que la crítica española diga también su palabra. En nombre de su generación, la más devota sin duda del naturalismo y la más influida por él, escribía muy atinadamente el Sr. Gómez de Baquero en *La Gaceta Literaria*. Por lo que hace a la mía, séame permitido asumir la representación, valido de que, probablemente, soy de toda ella el más familiarizado y, casi de seguro, el más adicto a la obra de Zola.

Aunque, en realidad, la tal representación no podría ser sino a título excepcional y contradictorio. En esto, como (¡ay!) en otras cuantas cosas, mi criterio y mis aficiones difieren considerablemente del criterio y las aficiones de mis compañeros de generación. Es un hecho que lo mismo la generación joven que la jovencísima (los genuinos *nova novorum*) ignoran magníficamente a Zola y el naturalismo, abstraídas como se hallan en el culto de otros "ismos" de manufactura más sensacional y reciente. Por otra parte, nuestros jóvenes no han hecho, en esto, más que seguir una corriente de apartamiento general. Pasada la época simbolista (aunque sería discutible si pasó por completo), los que la siguieron continúan confesando en el horror al naturalismo. De todas las deidades del Olimpo literario francés, seguramente ninguna fue renegada con tanto ahínco, en lo que llevamos de siglo, como Zola. En pocos años hubo de caer de una popularidad casi sin precedentes al borde casi del olvido. Sin embargo, es un fenómeno curioso (cuya ley sería interesante determinar) que durante la guerra resucitara la afición a Zola, y que en el período de la postguerra, en los años últimos, una vez pasado el primer y natural frenesí de cabriola (volatines dadaístas, ultraístas, expresionistas, etc.), se haya confirmado esta afición, fácil de observar en el rápido incremento de las ediciones y en la aparición de un repertorio biográfico de los personajes de su obra, semejante al que ya existiera para Balzac y al que se proyecta para Proust.

Por hoy, no hemos de indagar las causas de este renacimiento. Conmemoremos, en primer lugar, el paso por el Mundo de un hombre que,

a la par que un gran escritor, fue un gran hombre. Una obra ingente, monumental, de las más originales con que cuenta la literatura de Occidente, un verdadero hito en la historia literaria: tal se nos ofrece el haber artístico. El humano: una vida intachable, de ardor de creación, de pasión profesional, y unido a ella (ésta es la excepción, y casi el milagro en el mundo literario), una pasión encendida por la verdad, un dantesco anhelo de justicia y perfección humana. En las filas del pensamiento, un verdadero caballero andante, desafiador de entuertos, *sans peur et sans tache*, como el de antaño. Los que recuerdan su actuación en el proceso Dreyfus saben cuán grande y decisiva fue su parte en aquella obra de reparación y lo que supuso de heroísmo y de amor humano en aquel ser endeble, tímido y sedentario. En suma: conocen uno de los más hermosos ejemplos que ofrece la historia del hombre. Los que no tienen noticia puntual de ello harán bien en ir a buscarla en *La Isla de los Pingüinos*, por cuyas páginas para en su martirio bajo el nombre de Colom-ban.

En segundo lugar, por lo que atañe a su obra literaria..., séame permitido también el recomendar su frecuentación, si no a los *nova novorum*, acaso incapaces de apostasía, al menos a los que vengan inmediatamente detrás de ellos, a los *novissima*, ya en ciernes. Esencialmente a los propensos a la novela. Para éstos, Zola tiene una lección quizás insustituible.

Negar la grandeza de Zola es tarea pueril. Cuando se haya dicho que es superficial en la pintura de los caracteres, que en ocasiones es folletinesco, que carece de sensibilidad artística, que su estilo es pedregoso y sin garbo, y otros cien reparos de este jaez, en último término no se habrá dicho sino que le faltan unas cuantas cualidades y no es perfecto. Pero ¿quién lo es, acaso; cuál es el artista que compendia en sí todas la virtudes? Lo importante es que, a cambio, y en compensación de todas las omisiones, nos dé unas cuantas cualidades positivas y evidentes (cuya sindicación y exégesis es, precisamente, "una" de las funciones del crítico). En cuanto a los que señalan como defecto de Zola lo plebeyo de su visión, lo soez en ocasiones del tema y la complacencia en el lado abyecto de la vida, que tan a menudo se le echara en cara, me atrevo a proponerles la definición de Flaubert: "*Zola: un colosse aux pieds sâles*".

De todas maneras, un coloso. A poca conciencia artística que se tenga, no es posible contemplar la mole formidable de los *Rougon-Macquart*, de las *Tres ciudades* y de los *Cuatro Evangelios*, sin advertir que se trata de uno de los grandes monumentos de la literatura. Ha habido quien la ha puesto a su margen, parangonándola con una de esas modernas construcciones titánicas, que tienen más del albañil que del arquitecto; otros, reconociendo su magnitud y su servicio, la han considerado como una especie de sistema de alcantarillado de la urbe literaria... Pero todo ello no pasa de agudeza y metáfora. Aunque su estilo no sea precisamente un modelo en la prosa que tuvo a Bossuet, a Pascal y a Chateaubriand, tampoco es la cosa amorfa e inmundada que los ultrarrefinados pretenden; en todo caso, es indudable que a la literatura pertenece, y que ni su falta de gracia, ni todos los otros vicios que pue-

Directeur
ERNEST VAUGHAN
 A BOUT DE LA RUE DE LA PAIX
 N° 10
 Paris
 Téléphone 100-86
 Pour la rédaction :
 Boulevard de la Madeleine, n° 10
 Téléphone 100-86

Littéraire, Artistique, Sociale

LETTRE A M. FÉLIX FAURE Président de la République

Monseigneur le Président,
 Me permettez-vous de vous adresser quelques lignes à ce sujet ?

Il est de votre devoir, Monseigneur le Président, de vous adresser quelques lignes à ce sujet ?

Il est de votre devoir, Monseigneur le Président, de vous adresser quelques lignes à ce sujet ?

Il est de votre devoir, Monseigneur le Président, de vous adresser quelques lignes à ce sujet ?

Il est de votre devoir, Monseigneur le Président, de vous adresser quelques lignes à ce sujet ?

Il est de votre devoir, Monseigneur le Président, de vous adresser quelques lignes à ce sujet ?

Il est de votre devoir, Monseigneur le Président, de vous adresser quelques lignes à ce sujet ?

Il est de votre devoir, Monseigneur le Président, de vous adresser quelques lignes à ce sujet ?

Il est de votre devoir, Monseigneur le Président, de vous adresser quelques lignes à ce sujet ?

Il est de votre devoir, Monseigneur le Président, de vous adresser quelques lignes à ce sujet ?

Il est de votre devoir, Monseigneur le Président, de vous adresser quelques lignes à ce sujet ?

Il est de votre devoir, Monseigneur le Président, de vous adresser quelques lignes à ce sujet ?

Il est de votre devoir, Monseigneur le Président, de vous adresser quelques lignes à ce sujet ?

Reproduction de l'article "L'accuse...! Lettre au président de la République", d'Émile Zola. L'Aurore, 13 de gener de 1898.

dan acompañarla, bastan a relegar fuera de ella una obra junto a la cual la mayor parte de la producción contemporánea ha de hacer, seguramente, figura de *bibelot*. Pese a todos aquellos defectos, Zola, no solamente es un gran escritor, sino que constituye lo más raro que se pueda ser en arte: una personalidad original, un innovador; un creador máximo, en suma. Su obra abre nuevos cauces a la novela, y aporta elementos nuevos a la literatura. Pero esto, siquiera, no se pone en duda. Nadie le discute la paternidad de la reforma naturalista y el surco profundo abierto en la gleba literaria. Puede asegurarse que, sin la reja de su arado, ésta no sería hoy lo que es, y muchos de los que actualmente le niegan no cosecharían lo que cosechan.

Los escritores, particularmente, y de ahí mi consejo a los "novísimos", todavía moldeables, tienen bastante que aprender en Zola, una lección que nadie, acaso, podría darles con tanta eficacia. Sin contar el ejemplo de tenacidad de aplicación y dedicación absolutas a la propia obra, que nos predica su vida, aprenderán en el examen de aquélla a concebir en grande, huyendo de nimiedades, a enfrentarse con grandes perspectivas y a planear con orden. La concepción general de la serie citada adolece, probablemente, y éste es, quizás, su vicio originario, de un cientificismo excesivo y apriorístico, hijo de la época, y en el que no cuesta trabajo advertir el avatar de un romanticismo fundamental, parejo del de Balzac. En su *Historia de una familia durante el Segundo Imperio*, basada en la idea de la herencia antropológica, profesada con una fe casi fetichista, Zola sigue las huellas del autor de la *Comedia humana* y trata de ofrecernos el paralelo de ésta, sobre cimientos que a él se le antojaban más científicos. Huelga decir cómo esto constituye, justamente, la inferioridad relativa de los *Rougon-Macquart*; aparte de la inferioridad del genio artístico, claro está. La obra y la lección de Zola son grandes, pero la obra y la lección de Balzac son todavía mayores.

Sin embargo, Zola nos enseña varias cosas que en vano iríamos a buscar en Balzac. Sin contar la magnitud y las líneas cíclicas de la concepción general (que, en realidad, muy contados podrán aprovechar), hay en su obra, al alcance de todos, una lección de orden y de documentación precisa y minuciosa. Una lección, igualmente, de construcción ponderada, de equilibrio y de armonía. En este sentido, la economía de Zola es superior a la de Balzac, tan prolijo a veces en sus descripciones. Y no se confunda prolijidad con extensión; que descripciones tiene Zola mucho más largas que Balzac. Y si éste suele ser superior en la caracterización de los personajes, Zola es incomparablemente más experto en la descripción de las cosas; descripciones a veces henchidas de un vasto aliento lírico. Este arte descriptivo resalta especialmente en el manejo de las muchedumbres. En este respecto, no tiene rival Zola en toda la literatura. Jamás se habían movido y animado así antes de él las multitudes, y nunca logró la novela captar de este modo el sentimiento épico. (Véase cómo Lombard y Paul Adam aprendieron la lección; lección de técnica irremplazable.)

Todo esto, unido a la diversidad de ambientes y a la precisión del detalle, que constituyen uno de los legados reglamentarios de la escuela

naturalista, y a ese lirismo interior, tumultuoso e informe, que exalta sus mejores páginas y le coloca a veces tan por encima del doctrinal naturalista, serían ya enseñanza y aportación suficientes y perennes. Pero todavía hay algo en su innovación, de tal importancia dentro de la cronología literaria, que no es posible pasarlo por alto. Ante todo: la concepción del factor sexual en la vida colectiva...

Pero esto merece capítulo aparte.